

# Igualdad en la pista de baile

Ay, los tópicos... Qué fácil resulta recurrir a los lugares comunes cuando no queremos cuestionar nuestras creencias sobre aquellas cuestiones—culturales, sociales, políticas—que no gozan del reconocimiento generalizado. A ver, que levante la mano el valiente al que le guste la música *disco*. Es uno de esos placeres culpables que se disfrutaban en secreto, no vayan a tacharnos de horteras. Denostado por frívolo y superficial, el género ha quedado definitivamente asociado al imaginario *kitsch*: el desfile de celebridades en Studio 54 y los pasos de baile de Tony Manero, los falsetes de los Bee Gees y los disfraces imposibles de los inefables Village People, las bolas de espejos y *I Will Survive* de Gloria Gaynor. Pero estos son solo un puñado de tópicos reduccionistas que han ocultado la verdadera esencia de un movimiento que contribuyó a la visibilidad de la comunidad gay y a la integración racial en las pistas de baile de Estados Unidos a finales de los setenta.

El periodista estadounidense Peter Shapiro reivindica sus innegables aportaciones musicales y sociales en el libro *La historia secreta del disco*, publicado originalmente en 2005 con el título *Turn The Beat Around* y ahora disponible por primera vez en castellano gracias a la editorial Caja Negra. Shapiro, erudito de la música negra, escarba en la superficie y obtiene petróleo. Rastrea el origen de la cultura disco y lo encuentra en la lucha por los derechos civiles, la revolución sexual de los sesenta y la época dorada del *soul* y el *funk*.

Sí, la música disco fue la sublimación del hedonismo, pero también fue un movimiento marcadamente político. Tan político como el *punk*, defiende el autor. *Disco* y *punk* compartieron el rechazo a la grandilocuencia y el corporativismo del rock. También el uso de los avances tecnológicos de la época para ofrecer hallazgos sonoros. Junto a las cuerdas suntuosas, las voces *gospel*, los vientos arrolladores y las líneas de bajo gomosas, productores como Giorgio Moroder y Patrick Cowley añadieron sintetizadores y primitivas cajas de ritmo, sentando así las bases de estilos posteriores como el *house* y el *techno*: experimentación al servicio de unas canciones hipnóticas que alargaban su duración hasta los diez minutos—lo que originó el nacimiento de los vinilos de 12 pulgadas—con el objetivo de crear un trance continuo que atrapas a los bailarines hasta el amanecer.

Las discotecas The Loft, Continental Baths, Le Jardin, Studio 54 y Paradise Garage se convirtieron en los nuevos templos del placer a los

La música 'disco' fue mucho más que una fiebre pasajera del sábado noche. Un libro reivindica las aportaciones de un movimiento tan político como el punk

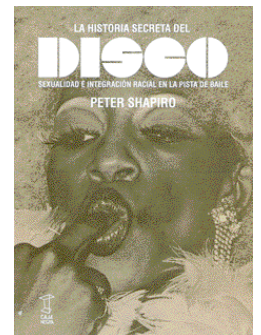


La cantante Donna Summer y el productor Giorgio Moroder



Pista de baile de la discoteca Studio 54, en Nueva York

Los habitantes de Nueva York encontraron en la música 'disco' la vía idónea para escapar de la realidad



toria, solo desbancado en 1983 por *Thriller* de Michael Jackson; las emisoras de radio y televisión incluyeron monográficos en su programación; la estética de la pista de baile salió a las calles... y llegó hasta la Casa Blanca: Jimmy Carter celebró su elección instalando un sistema de sonido disco en la residencia presidencial. También las estrellas del rock (Rolling Stones, Rod Stewart, Queen y Elton John) sucumbieron al embrujo del sonido *disco*.

Tras el auge, llegó la caída. En 1979, un grupo de *disc-jockeys* radiofónicos de emisoras rock iniciaron la campaña *Disco Sucks* ('el disco apesta') e invitaron a la gente a reunirse en los estadios deportivos para participar en la quema de álbumes de música disco. Políticos conservadores se unieron a la causa, tachándola de "música para gays" e "influencia corruptora para nuestros ciudadanos más jóvenes". La sensualidad y sexualidad inherente a la música de baile resultó insportable para el norteamericano blanco del Medio Oeste que escuchaba a Merle Haggard mientras conducía su camioneta. En 1981, Ronald Reagan ganó las elecciones. La fiesta había terminado.

En los últimos años, bandas sin complejos como LCD Soundsystem, The Rapture, Radio 4y Chicks on Speed se han apropiado del legado de la música disco, incorporándola a un discurso rock. Y en la primera década del siglo hemos asistido también al nacimiento del movimiento *nu-disco*, que engloba a artistas como Calvin Harris, Little Boots, Aeroplane, Metro Area, Lindstrom, Faze Action, Dimitri from Paris, Idjut Boysy Todd Terje. Después de décadas cubierta de polvo, la bola de espejos vuelve a brillar.

Enrique Viñuela

Shapiro rastrea el origen de la cultura 'disco' y lo encuentra en la lucha por los derechos civiles, la revolución sexual de los sesenta

que todo el mundo quería acceder. La pista de baile eliminó las barreras raciales y sociales. Truman Capote, Andy Warhol, Liza Minelli, Imelda Marcos, Bianca Jagger y demás celebridades compartían reservados y excesos con muchachos de barrio sin un duro en el bolsillo. Y el *disc-jockey* dejó de ser el tipo tímido que amenizaba las fiestas pasando

un disco tras otro para convertirse en una figura adorada, en el chamán que manejaba a su antojo las almas danzantes de los fieles. Francis Grasso, Nicky Siano, David Mancuso, Steve D'Acquisto y Larry Levan desarrollaron el arte de la mezcla y el *remix* para crear diferentes estados de ánimo a lo largo de sus maratónicas sesiones.

Una ciudad podrida

Nueva York fue el epicentro de la explosión *disco*. A comienzos de los setenta, la Gran Manzana estaba podrida y llena de gusanos. La ciudad, en bancarota y gobernada por una élite incapaz y decadente, se encontraba "al borde del abismo: un pozo séptico de degradación moral y espiritual, un patio de juegos para traficantes de drogas, proxenetas y policías corruptos". O como denunciaba *The New York Times*, se había transformado en "una metáfora de lo que parecen ser los últimos días de la civilización americana". Una sensación de abatimiento se extendió entre sus habi-

tantes, que encontraron en la música disco la vía idónea para escapar de esa realidad alienante.

En 1975, antes de convertirse en un fenómeno de masas, había 500 discotecas en Nueva York y 10.000 en el resto del país. Solo cuatro años después, la cifra se había doblado. En Manhattan incluso había clubes que abrían al mediodía entre semana para que los ejecutivos pudieran mover el esqueleto durante la pausa del almuerzo. La cultura *disco* abandonó las catacumbas para monopolizar la oferta de ocio: la banda sonora de la película *Fiebre del sábado noche* (1977) se convirtió en el álbum más vendido de la his-